

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA,

Y BAJO LA DIRECCION

DE ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

JUNIO—NÚM. 13 REDACCION Y ADMINISTRACION DARRO DEL CAMPILLO 15. AÑO V.—1879.

Se publicarán ocho números mensuales, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos a propósito para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración, en letras del giro mútuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones, pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos a los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia a que pertenece.—El precio de suscripción es el de dos reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero cuatro, franco de porte.

SUMARIO.

Utilidad de los bosques, por Strum.—La muerte de un ángel, poesía, por J. Ortega Gutierrez.—Calvario y redencion, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—A mi madre, poesía, por Narciso Serra.—Fragmentos de un viaje, por A. D.

HISTORIA NATURAL.

UTILIDAD DE LOS BOSQUES.

En el rigor del invierno, es sin duda cuando experimentamos mas sensiblemente la grande utilidad de los bosques; pues entonces nos suministran una abundante provision de leña, sin la cual no podríamos defendernos de las impresiones del frio. Mas no por eso pensamos que este sea su único y principal uso. Si Dios al formarlos no se hubiese propuesto otro fin ¿con que designio hubiera criado esos bosques inmensos que presentan una cadena no interrumpida que atraviesa provincias y reinos enteros; que se renuevan incesantemente, y que no obstante, su menor

parte es la que se emplea en las necesidades inmediatas del hombre. Aun hoy recorremos los bosques en que los druidas, ha mas de veinte siglos, cogian en ceremonia el muérdago. Todavía hallamos los Ardenas, que mucho antes de Julio César ocupaban gran parte de la Galia Bélgica. La Selva Negra y la de Bohemia, son restos de la Hersinia, que cubria en otro tiempo la Germania toda, y se extendia hasta la Transilvania. Es, pues, manifiesto que cuando Dios formó aquellos dilatados bosques, se propuso además el proporcionar a los hombres otras ventajas que las que hasta aquí han exitado nuestro reconocimiento.

El placer que nos causa la vista de los bosques, ¿no será tambien uno de los fines de su creacion? Ellos son una de las grandes bellezas de la naturaleza, y es siempre un defecto en un país el no tenerlos. (1) Nuestra impaciencia, cuando tardan en manifestarse las hojas en la

(1) Bwles se lamenta de la indiferencia con que se mira en España el fomento de los bosques, de la que seguramente nos resultan incalculables perjuicios, los cuales lejos de remediarse se aumentan cada vez mas; pues no han bastado a corregir este daño las acertadas providencias tomadas por el Gobierno sobre el particular; hé aquí sus palabras. «No se puede considerar sin lástima, dice, la escasez de árboles que hay en España

primavera, y la alegría que sentimos cuando llegan á verse, nos hace conocer cuanto adornan y hermosean el lugar de nuestra mansion. En fin, el aspecto de la tierra seria uniforme y triste, sin esta diversidad encantadora de campiñas y arboledas, de llanuras y montes.

Los bosques, cuyas producciones nos son tan útiles en invierno, no nos ofrecen ventajas menos considerables en los ardientes calores del estío; pues proporcionan al hombre y á los animales una frescura tan saludable como deliciosa. Observad como la soberbia encina balanceando en lo alto de los aires su frondosa copa, y desafiando los vientos y las tempestades, espárce en el vasto contorno de los llanos las sombra y la frescura. Los ganados fatigados del calor del dia, se reunen y ponen á su abrigo impenetrable.

Pero al reflexionar sobre la utilidad de los bosques, ¿podremos olvidar los frutos que nos dan las numerosas especies de los árboles? Es cierto que hay varios, cuyo fruto parece que no es de un uso, á lo menos directo para nosotros. Sin embargo, esto depende mas bien del descuido de nuestras investigaciones. Los frutos de los árboles que llamamos estériles, alimentan una infinidad de insectos, de que se sustentan muchas aves, destinadas á proporcionarnos los manjares mas exquisitos. Las bayas de una multitud de árboles y de matorrales, alimentan á la mayor parte de los pájaros. El fabuco, del que

«y lo árido que se presenta su terreno en la mayor parte de sus provincias interiores. Muchos atribuyen esta falta á la sequedad, y buscan razones ó pretextos con que explicar el mal, sin querer buscar sus causas. En Castilla la Vieja, llega el desvario hasta decir que son perjudiciales los árboles por que abrigan los pájaros; disparate que mueve á risa, y no merece respuesta. Las verdaderas causas de tal miseria son la desidia y la ignorancia.»

El Sr. Cavanilles combate tambien esta indolencia, diciendo, que se destruyen los bosques para aprovechar su madera, sin acordarse de plantarlos, por que se ignoran las utilidades que deben proporcionarnos, y que la disminucion progresiva de las aguas camina al mismo paso que la de los bosques: que la fecundidad de la tierra pende sobremanera de los árboles, los cuales son á un mismo tiempo conductores de la electricidad y de las aguas, preservándonos por consiguiente de los rayos, y facilitando al suelo humedad, fuentes, arroyuelos y ríos. Que en vez de haberse desvanecido la ridícula preocupacion de que los árboles solo sirven para abrigan pájaros destructores de las cosechas, se ven dilatados yermos en lo interior de España que demuestran patentemente esta culpable ignorancia, y que, escaseando como escasea la leña, no se cuida de reparar esta pérdida en beneficio de las generaciones futuras.

se extrae un aceite que debemos á apreciar; las bellotas y otras muchas semillas, son el mejor alimento de los cerdos y jabalíes. Por otra parte estos frutos sirven tambien para conservar las simientes que perpetúan los bosques.

No hay parte alguna de las plantas que no tengan su utilidad. Las raices sirven de sustento, para medicinas, para el fuego, para hacer pez, tinturas y toda suerte de utensilios. De la madera se hace carbon, navios, fuego, remedios, papel, tinturas é innumerables instrumentos. Hasta la corteza es de mucha utilidad en la medicina, en las tenerías, etc. La ceniza sirve para abonar y mejorar la tierra, para blanquear los lienzo, para hacer salitre, y se usa de la potasa en los tintes. La resina es útil para los pintores: de ella se hacen bálsamos, pez y brea: la trementina tambien se usa en la medicina; la pez griega sirve para barnizar, para soldar, para frotar los arcos de los instrumentos de música á fin de hacerlos mas sonoros, y la almáciga para perfumar.

¿Y á cuantos animales no ha señalado la naturaleza los montes por morada, y que perecerian sino existiesen los bosques? Por esto les ha destinado Dios un retiro seguro y les ha proveido de alimento en abundancia. Dios solo es el que allí los viste, y quien en ellos rige los leones, los tigres, leopardos, lobos, ciervos, corzos, gamos, jabalíes y una infinidad de aves, les proporciona habitacion y los multiplica. Da á unos fuerza, á otros astucia, á estos ferocidad, á aquellos ligereza, y todo para sacar al hombre de la indolencia retrayéndole de la ociosidad. Los bosques determinan las lluvias atrayendo las aguas: su follaje nos hace otro beneficio muy importante, cual es purificar la atmósfera, como lo veremos al tratar del aire.

Estos árboles que llamamos estériles, nos son quizá mas ventajosos para la utilidad de su corte que los mismos árboles frutales, Y es puntualmente lo que mas nos debe alarmar por el abuso que de él se hace y que acelera su destruccion. Los bosques cubrian en la remota antigüedad casi toda la superficie de los grandes continentes. Á proporcion que las naciones venidas del Oriente se internaron hácia el Occidente y el Norte, se vieron precisadas á desmontar los terrenos que se propusieron habitar. Cuanto mas se fueron poblando la Alemania y la Francia, otro tanto se disminuyó la extension de los bosques: con todo, aun en el siglo doce eran tan dilatados, que los propietarios abandonaban comunmente grandes porciones á los religiosos que les pedian en ellos un retiro. Estos laboriosos solitarios transformaron poco á

poco en tierras fértiles aquellos lugares que jamás habían experimentado el golpe de la segur. Los propietarios y las comunidades que poseían mas extension del bosque que la que necesitaban, convertían la mejor parte en tierras de labor. Creció el número de habitantes á proporcion de los desmontes, y del aumento de sus productos. Pero en las mejores cosas cabe exceso; y hemos llegado ya á tiempo en que convenia hacer lo contrario que se hizo antiguamente, y convertir en bosques las tierras inútiles.

Jóven, que acabas de cerrar los ojos al respetable labrador á quien debes el ser, date prisa á seguir sus huellas. Haz que cada año sea notable por nuevos plantíos; y si conservas el gusto á los placeres puros, figúrate algunas veces aquellos dias felices en que reunida tu familia al rededor de tí, se sentará á la sombra de los árboles que hayas plantado.

¡Ah! ¡Cuan agradables serán los frutos que cogérás para ella! ¡Que dulce será el ósculo que te dé el mas tierno de tus hijos! Así expresará su reconocimiento, y hará correr por tus mejillas lágrimas de ternura. ¡Ojalá que estos sentimientos germinen en todos los corazones, y que vivificados en fin nuestros bosques, trasformen la España en un basto jardin, cuyos habitantes gocen en el seno de la felicidad los bienes que la Providencia les ha tan liberalmente prodigado!

La bondad de Dios no se limita á una sola region, sino que se extiende por toda la tierra. ¿Hay algun país, algun lugar tan extraviado ni tan inculto, donde no se descubran vestigios de su beneficencia? En todas partes, así en los campos como en los bosques, en los desiertos áridos como en las floridas llanuras, se ven erigidos monumentos de su amor. Al pié de estos collados, un bosque solitario, cuyos frondosos árboles elevan sus cimas hasta las nubes, me ofrece sus sombríos retiros, y me convida á meditar lejos del tumulto de las ciudades, sirviendo al mismo tiempo de asilo á los animales silvestres, y de abrigo á las aves ¡Ah! ¡cuando podré dirigir mis pasos errantes por sus frescas sombras, y entregarme á dulces y útiles contemplaciones! Entonces lleno de gratitud y de júbilo levantaré mis ojos al cielo, cantaré un himno á la gloria del Rey á quien sirve de trono, y le bendeciré por haber criado los bosques para el bien y utilidad de sus criaturas.

M. STRUM.

LA MUERTE DE UN ÁNGEL.

*Niña la de esbelto talle,
la de los blondos cabellos,
la de los labios de grana,
la de los ojos de cielo;
tú que en tus cantos imitas
del ruiseñor los gorjeos,
el murmurar de la fuente
y el gemir del aroyuelo;
¿por qué suspendes ahora
los armoniosos acentos
que de tu sonora lira
brotaron en otro tiempo,
y cuyas brillantes notas
remedaba el vago viento?*
—«Por que hoy no debo cantar
que está mi hermanito enfermo.»

*Triste se encuentra la niña,
la de los blondos cabellos,
la de los labios de grana,
la de los ojos de cielo;
en vez de cantar, suspira,
y reza con embeleso;
que la oracion es perfume
que embalsama el sentimiento:
en triste llanto anegada
dirige su vista al cielo;
¿Por qué lloras, pobre niña?
¿Por qué tu doliente pecho
lanza tan tristes suspiros?
Y con sentido lamento
dijo, de dolor transida:
—«por que mi hermanito ha muerto.»*

*No llores, hermosa niña,
la muerte del ángel bello
que canta con los querubés
las glorias del Dios Supremo.*

*El le ruega en sus canciones
te guíe por el sendero
de la virtud, que es el bien
mayor que alcanzar podemos;
pues la virtud nos conduce
hasta el trono del Eterno.
Canta, canta cual solías,
entona cánticos bellos;
de tu cadenciosa lira
brotan mágicos concentos;
brille en tu hermoso semblante
la alegría de los buenos,
que un ángel vuela sin mancha
á la mansion de los cielos.*

J. Ortega Gutierrez.

CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE TRES HERMANOS.

Fabian de Ossorio á su hermana María.

Mi última carta, hermana mía, debió dejar en tu alma una inquietud infinita, y voy á sacarte de ella, relatándote los hechos de aquella noche, tan llena de peripecias y sucesos extraños.

Como te dije, penetré solo en la alcoba de aquel anciano que tanto mal nos habia hecho.

Adelanté en silencio, y conteniendo los latidos de mi corazón, que se agitaba en el pecho impulsado por mil sentimientos á cual mas contrario y violento.

La habitacion estaba débilmente iluminada por una pequeña lámpara de cristal, suspendida del techo, y cubierta á medias por una gasa blanca.

Dí algunos pasos y me acerqué al lecho donde reposaba D. Pedro:

Miré atentamente su semblante, y mi alma se estremeció poderosamente al contemplar al asesino de nuestro padre.

Sin embargo, ni un pensamiento culpable vino á manchar mi frente, yo te lo juro. Gracias al cielo, la idea de un crimen no cabe en mi corazón, hermana mía, aquella noche lo comprendí.

—¡Oh! pensaba solamente: he aquí al hombre que mi padre hubiera escogido para protejernos, para guiar los pasos de sus hijos en este mundo: él le amaba, tenia confianza en él, y la pasión y el interés llenaron esa alma de cieno, rompiendo los lazos del afecto, de la gratitud, de la sangre quizá! Pobre corazón humano que deslizable eres, y como te combaten las pasiones que tú no sabes resistir!

Como yo no llevaba un plan meditado, como al penetrar junto al anciano solo iba confiado para el logro de mi empresa, en la casualidad y en la providencia, te confieso que no sabia que hacer, y que mi situación era violenta y arriesgada.

Con los brazos cruzados y la cabeza caída sobre el pecho, permanecí inmóvil y mudo junto á aquel lecho, y junto á aquel hombre que dormía.

De pronto D. Pedro hizo un movimiento brusco, y su semblante se alteró: ¡quizá soñaba con el castigo de su crimen, quizá el recuerdo de su víctima venia á hacer intranquilo su sueño!

Yo seguía contemplándole y pidiendo á Dios un rayo de luz para salir de aquella situación.

La inquietud del anciano crecía, y llegó hasta tal punto, que en medio de su afán se llevó las manos á las sienes, y sus labios se agitaron como si lucharan por articular una frase;

Sus ojos se abrieron desmesuradamente, y vagaron un instante en torno, con una expresión de terror infinito; pero cuando este terror creció, cuando llegó á un extremo indecible, fué cuando aquella mirada soñolienta é incierta vino á fijarse en mí, que allí junto al lecho, y en aquella actitud sombría, aparecía sin duda á sus ojos como la estatua de la venganza ó del remordimiento.

Al verme, sus labios se agitaron, su cabello se erizó sobre las sienes, y estendiendo las manos como para apartar de sí un negro fantasma, articuló con voz opaca y temblorosa esta sola palabra.

—Perdon!

Yo quise aprovechar aquel momento y aquel miedo, pero no sabia la frase que debía emplear para ello.

—Perdon, Héctor, repitió, perdon! sí, yo te conozco... creía que soñaba... he anhelado despertar, y sin embargo, estas ahí, me miras... te veo... eres una realidad y no una sombra del sueño.

Y llevándose una mano á la frente se la golpeó con estravio, murmurando al par.

—Estoy despierto, no sueño; estoy despierto!

—No, no sueñas, dije yo al fin, Pedro de Os-

sorio, no sueñas, y en verdad que tienes delante una realidad amenazadora.

El timbre de mi voz pareció aumentar su extravío, quiso saltar del lecho, quiso huir, pero yo le contuve temiendo que saliese, y me interpusé á su paso, por que si el llegaba á la puerta, si llamaba á sus criados todo estaba perdido ya.

—Pero, qué intentas? me preguntó: quién eres? tu acento no es el acento de Héctor, y empiezo á dudar... ¡Oh! ahora recuerdo... la extraña semejanza de que Castell me habló... ahora recuerdo que un joven... pero penetrar hasta aquí!

—La justicia de Dios llega á todas partes, anciano, y yo vengo en su nombre para castigar una culpa ignorada hasta ahora.

—Una culpa! balbuceó aterrado,

—Sí, el asesinato de un hombre, la desgracia de una mujer, y el despojo hecho á tres huérfanos inocentes.

—Eso....

—Es una terrible verdad, oculta por muchos años, pero que hoy debe saberse por los hombres, ya que hasta aquí solo la sabía Dios!

Las ideas del anciano empezaban á confundirse, dudaba entre la ficción y la realidad, y con un movimiento impensado, quiso estender su mano para buscar el cordón de la campanilla y llamar á sus criados.

—No intentes pedir socorro, exclamé yo, notando su acción é interponiéndome para evirla, no intentes pedir socorro, por que es inútil: nadie acudiría y es forzoso que ventilemos esta cuestión, solos y sin testigos los dos.

Y al decir esto, me apoderé de aquel cordón, que era toda su esperanza y lo corté rápidamente.

—Pero, ¿quién eres? que intentas? preguntó replegándose, é intentando alejarse de mí!

—¿Que quién soy? pregunté sin poder dominarme, y dejando á un lado toda reserva ¿que quién soy? ¡Oh! tienes razón! yo no te he dicho mi nombre, aunque tu quizá lo adivinas! el tiempo, que ha convertido en hombre al niño, ha desfigurado su rostro de tal modo que ya no conoces al pobre hijo de tu víctima, y le confundes en tus recuerdos con ella misma! Pero, sin duda, tú presientes quien soy: la expresión de tu semblante me dice, que tras tan largos años de prueba, reconoces en mí á Fabian de Ossorio, que viene á pedirte cuenta del infortunio de su familia entera.

El rostro de D. Pedro sufrió una transformación harto visible.

El fantástico terror que le había inspirado mi presencia, mezclándola en su mente con algo de sobrenatural y extraño, era reemplazado por

otro terror mas real, mas positivo, mas cierto; el terror que inspira al criminal el descubrimiento de su delito.

—Fabian! murmuró; tú eres Fabian, el hijo de Héctor, ya lo comprendo! pero, ¿quién te ha dicho que yo.... qué pruebas tienes en contra mía? Si tu padre fué desgraciado ó no está en mí la culpa; yo solo quise...

—Basta de ficciones! Sus dos cómplices han dicho la verdad, uno en su lecho de muerte, el otro sorprendido por mí, y tengo la carta en que se daban las postreras instrucciones para la fuga y el asesinato del infortunado cuanto noble Marqués de Alba-Luz

—¿Qué dices...? ¿qué dices?

—¡La verdad! ya ve V. que yo no sabía la existencia de ese papel, tampoco sabía los detalles de aquel crimen, y á no ser por los que tomaron parte en él, no hubiera podido averiguarlos.

—Los dos... los dos han faltado! ¡Oh! miserables! venderme así!

—La conciencia que un día se compra, poca seguridad puede inspirar de que no se venda dos veces.

—Pero ellos....?

—El uno es un infame, el otro es un desgraciado. El uno ha revelado el delito, impulsado por su interés: el otro lo ha confesado, obligado por el remordimiento.

—¡Oh! lo que yo temía! murmuró el anciano que no tenía fuerza para seguir luchando, pero, añadió con un resto de esperanza: el dicho de un enfermo cuya razón se extravía mil veces, no puede influir...

—La declaración solemne de un moribundo es sagrada, si está autorizada por un ministro de Dios, y probado por la ciencia, que el que la hizo goza de su completa razón,

—¡Oh! ¿quién ha podido... quién ha hecho...?

—La providencia, que tarde ó temprano muestra su poder en pró de los inocentes.

—Y... ¿si eso no fuera cierto?

Sonreí desdeñosamente y sacando la declaración de Pedro, la mostré á sus ojos solamente.

Esta prueba le anonadó, se cubrió el rostro con las manos y el temblor que le agitaba, vino á probarme el estado de su espíritu.

—Pero ¿que intentas? ¿que vas á hacer? preguntó al fin con voz medrosa.

—¡Oh! todo! exclamé con energía,

—Quieres perderme?

—¿Qué hizo V. con mi padre?

—¡Oh! tu nombre es el mio tambien; no lo manches con un proceso criminal.

—Mi nombre! ¿qué ha hecho V. de él? ¿que ha hecho V. de todos los míos?

—¡Oh! yo soy un pobre anciano, me quedan muy pocos dias de vida acaso! no me los arrebatés... necesito arrepentirme... necesito llorar aquel error... por que, tú no lo sabes, pero mis dias han sido muy tristes desde entonces, y mis noches han sido horribles! Á el delirio de la pasión, á el arrebató de la juventud, ha sucedido el horror del remordimiento, y el hielo espantoso de la vejez: he pasado la vida solo, sin familia, sin amores, sin calma y sin paz! el oro y la fortuna que la fatalidad puso en mis manos, las quemaba al tocarlas, y el que no ha servido para comprar el silencio de mi cómplice, se ha ido acumulando sin proporcionarme un goce ni una hora de placer.

El semblante de aquel anciano desfigurado y contraído probaba que decia la verdad.

—¡Oh! continuó al cabo de un instante, tu padre puede dormir tranquilo, ¡bien le ha vengado mi propia conciencia! bien me ha castigado mi solo corazón! Perdona, pues, perdona el pasado! yo te devolveré tu título, yo te devolveré tus riquezas, te haré una donación... te lo daré todo!

—Yo no puedo aceptar eso! le respondí.

—Entonces... ¿qué quieres? el crimen no se remedia con el crimen, y sería indigno de tí entregar á la justicia á un infeliz anciano, indefenso y arrepentido.

—Pero yo quiero rehabilitar la memoria de mi padre, yo quiero separar la vergüenza que cubre su nombre.

—Pues bien, me dijo, á todo estoy pronto, pero no me hagas comparecer antes los jueces: te entregaré un documento firmado por mí y autorizado en toda regla, que manifieste á los tribunales españoles la verdad toda, pero antes deja que me ausente, deja que me oculte lejos, muy lejos, donde pueda morir en paz!

El acento de aquel hombre, el dolor que manifestaba, habian desarmado mi cólera. En mi corazón no cabe la venganza! somos demasiado nobles para dar cabida á tan baja pasión.

Si ese hombre quiere espiar su crimen, si está arrepentido de él, si quiere remediar el mal que hizo ¿tengo derecho á perseguirle ante la ley? estano podría hacer mas que él ofrece, y solo conseguiria hacer caer su rigor sobre este viejo indefenso.

Sin embargo, no se que partido adoptar, hasta ahora he callado. El se dispone á entregarme el documento de que te he hablado, y yo entre tanto te escribo, para que me des tu opinion, para que me digas que debo hacer.

De cualquier modo, Élia y tú tendreis un porvenir brillante, nuestra madre volverá á recuperar su rango, y yo... yo quien sabe si podré

hacer feliz á un ángel que, estoy cierto, me espera con ansiedad.

Solo aguardo tu respuesta para obrar segun ella, salir de este Londres, cuya atmósfera me ahoga, y tornar á nuestra España tan hermosa y risueña, á donde están todos los objetos de mi cariño

FABIAN.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilches.

À MI MADRE.

¡Madre mia, madre mia,
Madre de mi corazón!
Madre á quien todo lo debo,
Hasta el ser, despues de Dios:
Madre mia de mi alma,
Que has sido la única flor
Que en el arenal desierto
De mi corazón brotó;
La única estrella purísima,
El solo rayo de sol
Que entre la densa tiniebla
De mi vida me alumbró;
Bendito seas, mi madre,
Y bendito sea el Señor
Que te permite escuchar
Esta filial bendición.
¡Ojalá nunca te pierda!
Muera antes mil veces yo,
Que no sentir de tus brazos
El cariñoso calor;
Cuando estaba de la vida
En el último escalon
Fatigado, el cuerpo enfermo
Y el ánimo sin vigor,
Con tus besos revivía
Y rezaba con tu voz,
La vida pidiendo al cielo,
Y el cielo la concedió.
Y vivo; mas, ¿cómo vivo?
Quizás es mi expiación
Vivir siendo extraño al mundo,
Vivir como quien murió;
¿De qué te sirvo? de nada,
¡Ay, madre! y quisiera yo
Para tí, del mundo todo
Hacerme conquistador.
Quiero escribir y no puedo,
Me falta imaginación;
Siento el pensamiento tardo
Que corría tan veloz;

*Me falta el estro, la vida,
No hay en mis versos color,
Y todo lo que hago es pálido
Y no tiene inspiracion.
Adios, inspiracion mia,
El último adios te doy;
Te perdí, no por mi culpa,
Sino por que quiso Dios.
Hágase su voluntad,
Y pues ya no soy cantor,
Adios inspiracion mia,
Adios para siempre, ¡adios!
Mucho me cuesta el dejarte,
Mucho me cuesta ¡ay, dolor!
Te llevas en tu partida
La mitad del corazón.
Solos estamos, mi madre;
Solos estamos los dos;
Solos vivimos, del mundo
En apartado rincón:
Pero mientras yo te vea,
Mientras escuche tu voz,
Mientras viva de tu vida,
Daré mil gracias á Dios:
Bendita mil veces, madre.
Que has sido la única flor
Que en el arenal desierto
De mi camino brotó;
La única estrella purísima,
El sólo rayo de sol
Que entre la densa tiniebla
De mi vida me alumbró!*

Narciso Serra.

FRAGMENTOS DE UN VIAJE.

DOS HISTORIAS TRISTES.

(Conclusion.)

«Levantámonos mis hijos y yo, y mirando en derredor nuestro, descubrimos al resplandor de la luna una gran cruz que habia quedado en pie; fuimos hacia ella, un anciano estaba tendido á sus piés; reconocí á mi padre, le creí muerto, y me precipité sobre él, que se despertó: la ancianidad es descuidada.

«Preguntéle entonces si sabia algo de lo que habia pasado en casa, en donde él entró en el momento de la catástrofe; pero me dijo que no habia visto mas que á Francisca la cocinera,

que habia cojido de la mano á Marianita, gritando: «Hoy es el dia del juicio! y que habiéndole dado una piedra en la cabeza y aturdiéndole la violencia del golpe, cuando habia vuelto en sí habia pensado en la cruz, se habia ido á ella, hecho su oracion y dormidose: entonces le confió mis hijos y eché á andar por entre escombros, procurando adivinar el sitio de nuestra casa.

«En fin, sacando mis calculos por la cruz y la cima del Rosenberg, creí saber donde estaba; subí una pequeña colina formada por la tierra que cubria los restos de una casa, me agaché como cuando se habla con trabajadores que están en una mina, y llamé con toda mi fuerza. Al momento oí una voz de niño que respondia quejándose, y conocí ser la de Mariana. No teniendo piqueta ni azadon, me puse á cavar con las manos, y como la tierra estaba movediza, al momento hice un agujero de cuatro ó cinco piés de profundidad. Ví que el tejado estaba destruido, arranqué una porcion de tejas, y cuando pudo pasar mi cuerpo me dejé resbalar á lo largo de una viga; y como ya no habia techo me encontré en el interior de la casa, llena de piedras y astillas de madera. Llamé segunda vez y oí quejarse por la parte de la alcoba: era la niña que habia sido arrojada bajo el catre; toqué su cabeza y parte de su cuerpo; quise traerla hacia mí, pero estaba cojida entre el suelo y la cama que se habia roto al caer el techo, rompiendo tambien una pierna á la criatura.

«Levanté el armazon de la cama con un esfuerzo sobrenatural, y la niña se arrastró ayudándose con las manos. La cojí en mis brazos, y me dijo que no estaba sola, que Francisca debia de estar por allí. Llamé á Francisca, y la pobre muchacha no pudo responder mas que con jemidos: dejé la niña en el suelo y empecé á buscar. Separada violentamente de Mariana, á quien habia cojido de la mano en el momento de la desgracia, se habia enterrado entre las ruinas, con la cabeza hacia abajo, el cuerpo oprimido por todas partes, y el rostro magullado.

«Después de muchos esfuerzos pudo sacar una mano y enjugarse los ojos llenos de sangre, y en aquella horrible posicion oyó los jemidos de Marianita. Llamóla, la niña respondió: preguntóla en donde estaba, y Mariana dijo que se hallaba tendida boca arriba, con el catre encima, pero que tenia las manos libres y que á través de una raja descubria el cielo y aun los árboles. Entonces la niña preguntó á Francisca si permanecerian mucho tiempo de aquel modo y si no irian á socorrerlas; pero Francisca habia vuelto á su primera idea de que era llegado el dia del juicio, que ellas solas sobrevivian á los demás, y que á poco iban á morir y ser dichosas en el cielo; entonces ambas se pusieron á orar. Mientras rezaban tocó una campana la oracion, y dieron en un reloj las siete: Francisca reconoció la campana y el reloj de Sternerberg. Existian aun por tanto seres vivos y casas en pie, y podian esperar auxilio; en vista de esto procuró consolar á la niña; pero Mariana empezaba á tener hambre, y pedia llorando su sopa: á poco se debilitaron sus jemidos, y Francisca no la

volvió á oír mas. Creyó que la pobre criatura habia muerto, y rogó al ángel que acababa de abandonar la tierra, se acordase de ella en el cielo.

«Pasáronse así muchas horas: Francisca sentía un frío insoportable, su sangre que no podia circular á causa de la presión de sus miembros se le subia al pecho y la ahogaba: tambien ella iba sintiendo que se moria.

«Entonces Mariana, que no estaba mas que dormida, se despertó y comenzó á quejarse de nuevo; aquella voz humana, por débil é ineficaz que fuese, reanimó á la pobre Francisca, que hizo esfuerzos inauditos, logrando al cabo desasir una pierna, con lo que encontró algun alivio. Luego se apoderó de ella un gran terror, y acababa de ceder á su influencia cuando Marianita oyó mi voz y me respondió.

«Encontré por fin á Francisca, y con una pena increíble logre sacarla de la terrible situación en que se hallaba. Ella creia tener rotos los brazos y las piernas, y pedia agua porque lo que mas la hacia sufrir, segun decia, era la sed. Llévela junto á Mariana, debajo del agujero que yo hiciera, á cuyo través se veia el cielo: preguntéla si descubria las estrellas; pero me respondió que creia estar ciega. Entonces la dije que no se meneara de aquel sitio, que yo volveria al momento para socorrerla; pero me agarró de un brazo y me suplicó que no la abandonase. Respondí que nada tenia que temer, que todo estaba tranquilo á la sazón, que iba á empezar por hacer salir á Mariana, y que al momento volveria á buscarla y la traeria agua.

«Por fin consintió, y desatándole yo entonces el delantal, me lo até al cuello; puse á Mariana en él, cojí las otras dos puntas con los dientes, y gracias á este medio que me dejaba libres las manos, logré subir por la viga, con cuya ayuda habia bajado. Corrí al pié de la cruz: en el camino ví pasar junto á mí como una sombra, al desdichado jóven que buscaba á su novia, siempre con el ramo de rosas en la mano.

«—¿Ha visto V. á Catalina? me dijo.

«—Ven conmigo hácia la cruz, le respondí yo.

«—No, continuó él, es preciso que la encuentre.

«Y desapareció por entre los escombros llamando siempre á su novia. Encontré al pié de la cruz no solo á mi padre y á mis hijos, sino á tres ó cuatro personas, que por instinto habian ido á refugiarse á aquel sitio. Dejé allí á Mariana, recomendándosela á sus hermanos, mayores que ella; conté á los que allí estaban que Francisca se habia quedado entre los escombros y que no sabia cómo sacarla de ellos.

«Algunos me dijeron que una sola casa apartada del pueblo habia quedado en pié, y que allí podria encontrar una escala ó cuerdas. Corrí á ella: estaba abierta y abandonada porque sus dueños habian huido; sin embargo oí ruido sobre mi cabeza y llamé. ¿Eres tú Catalina? dijo una voz que reconocí por la del novio, y que me partia el corazón. Entré en el patio para ver á aquel desventurado jóven, y encontré una escala que me eché al hombro, una cantimplora que llené de agua, y me fuí á socorrer á Francisca.

«La frescura del aire la habia devuelto un poco las fuerzas, y estaba en pié esperándome. Introduje la escala, que era bastante larga para tocar en el suelo, bajé, di la cantimplora á Francisca, que la vació con avidez, y luego la ayudé á subir guiándola porque no veia, y logré sacarla fuera de la especie de tumba en que habia permanecido catorce horas. Por espacio de cinco dias estuvo ciega, y todo el resto de su vida sujeta á ataques convulsivos y á accesos de terror.

«Salió el sol al otro dia, y nada puede dar una idea del espectáculo que iluminó. Tres aldeas habian desaparecido; dos iglesias y cien casas estaban enterradas; cuatrocientas personas sepultadas vivas; un pedazo de la montaña habia rodado hasta el lago Lowertz, y cegándole en parte habia levantado una ola de cien piés de altura y de una legua de estension, que habia pasado sobre la isla de Schwanau, llevándose las casas y los habitantes. La capilla de Olten, hecha de madera, fué hallada flotando en el lago como por un milagro; la campana de Goldau, arrebatada por el aire, fué á parar á un cuarto de legua de la iglesia.

«Diez y siete personas únicamente sobrevivieron á esta catástrofe.

«Escrito en Art en honor de la Santísima Trinidad, el 10 de enero de 1807, y dado á mi hija Mariana, para que jamás olvide, cuando yo no pueda recordárselo, que si el Señor nos ha castigado con una mano, nos ha sostenido con la otra.

»Jose Vigeld.»

Mi huésped entró en mi cuarto al acabar yo de copiar las últimas líneas del manuscrito de su suegro, viniendo á anunciarme que estaba preparado el almuerzo.

Este se componia de la cena, á la que nadie habia pensado tocar la noche anterior.

A. D.

GRANADA:—Imprenta de La Madre de Familia.